

EL JUEGO Y LA GUERRA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1917.

Tengo a la vista el extracto de un artículo de «The Nineteenth Review», por sir Carlos Waldstein—un inglés de apellido alemán—sobre el abismo social entre Inglaterra y Alemania. Sir Carlos Waldstein dice, según ese extracto, que, «exagerando los términos, pudiera decirse que los alemanes y los ingleses nunca se comprenderán recíprocamente hasta que el espíritu de los juegos y deportes ingleses no penetre libremente en el carácter y la mentalidad nacionales de Alemania».

Dejando de lado otras consideraciones que hace el articulista inglés sobre el sistema jerárquico alemán, nacido de la organización militar y burocrática de la sociedad germánica, y que establece, hasta en la forma del saludo, diferencias en las clases sociales—sistema jerárquico del que en parte alguna se está más lejos que en esta nuestra archidemocrática España—vamos lo que dice de la educación que podríamos llamar deportiva.

Para apoyar su tesis de que se trata no de una diferencia de raza, sino de educación—pero es que la raza civil es más que una educación?—se fija sir Carlos Waldstein en los americanos de origen alemán, dividiéndolos en dos grupos. Y añade: «Estos dos grupos, por instintos, alimentación, gustos, hábitos e ideales de vida pública y privada, se diferenciaron mucho y fueron de hecho antagonicos. Algo influyó, indudablemente, en esta diferencia, su uso más o menos completo de la lengua inglesa. Pero la causa eficiente hay que buscarla en su educación doméstica y escolar. Puede decirse, en general, que la diferencia depende de las escuelas a que asistan, reflejándose, indudablemente, la misma diferencia en el hogar. Los niños que asisten a escuelas regidas por maestros alemanes o con tradiciones educativas alemanas difieren esencialmente de los que asistieron a la escuela dominante en América, con predominio de tradiciones del habla inglesa. No se trataba del adiestramiento moral o intelectual, sino de las diferencias efectivas suscitadas por los juegos y deportes, desenvueltos en el tipo inglés en las unas y restringidas en las otras según el sistema y la disciplina alemanes. Desde la infancia hasta la vida adulta, a través de todas las fases intermedias, había una mutua incompreensión entre estos dos grupos de americanos alemanes y podría trazarse entre ellos una línea clara de demarcación».

La norma inglesa es la de jugar limpio, y, por mucho que se anhele ganar el juego, hay que jugarlo según todas las reglas de justicia y de bondad, y hay que dar a los rivales las mismas posibilidades de triunfo.

El fin del juego es el juego mismo. Lo que equivale a decir que el fin del juego es un fin moral, pues es jugarlo lealmente, honradamente, gáncese o se pierda. La eficacia está subordinada a la moral. No es lícito hacer trampas. Y el fin moral, como recordaba yo hace pocos días en Madrid en un discurso de la comida con que se celebró el tercer aniversario de la fundación del semanario «España» y a la vez la constitución de la Liga antigermanófila española, discurso que ha alcanzado cierta resonancia, el fin moral no está más allá de la acción, al cabo de ésta, sino dentro de ella misma; el fin mo-

ral es la manera de obrar. El principio más profundamente inmoral es el que se atribuye a los jesuitas y profesa el bárbaro e incivil militarismo prusiano, el principio de que el fin justifica los medios. El fin moral no puede justificar los medios, porque no es nada distinto y separado de los medios mismos; el fin moral es la manera de adaptar los medios al fin. Y hay procedimientos que ni la victoria justifica. Ni un hombre ni un pueblo deben hacer todo, sea lo que fuere, ni para salvar su vida.

Me contaba hace poco Valle Inclán que cuando él visitó el frente inglés en Francia estaban los soldados ingleses indignados porque unos alemanes, después de haberse rendido, hicieron fuego sobre los que se les acercaban. Eso no era jugar limpio. Y los alemanes, por su parte, se han encolerizado e irritado no pocas veces por esa concepción deportista inglesa de la guerra. Para ellos, especialistas siempre—y el juego, el deporte, cuando no se convierte en profesión, es el mejor remedio contra la plaga del especialismo—para ellos, para los alemanes, especialistas de la guerra, la cuestión es ganar, sea como fuere, y a la victoria lo supeditan todo. Desde luego al honor, la moral y la humanidad. Y defendiendo la incivil e inhumana barbarie de los procedimientos terroristas, llegan a decir con desfachatez de sofistas que la guerra debe hacerse implacable por humanidad, para que acabe antes. Y encima ni así se acaba antes.

En el juego, en efecto, hay algo por encima, moralmente, de la victoria. Hay algo que está por encima de ganar, y es jugar limpio. Esto lo reconocen todos cuando se trata de un juego, como el del ajedrez, en que no se atraviesa dinero, y aun así hay quien jugando al ajedrez, si pudiera, haría trampas con tal de no aparecer inferior a otro, a tal punto llega la vanidad humana. En los juegos en que se juega dinero, aunque también lo reconozcan todos teóricamente, hay tahures y jugadores de ventaja y tramposos que van, no ya a ganar, sino a robar al adversario. Pero es que para ellos el juego no es, como debe serlo todo, un fin en sí, sino que es un mero medio. Y hay quien dice que algunos de estos tahures y jugadores de ventaja están, si no justificados, a lo menos excusados por la necesidad. ¡La necesidad! La misma que ha invocado tantas veces el canciller del kaiser. Por supuesto que no es necesidad alguna ganarse la vida con el juego, y puede y debe todo hombre dedicarse a otra profesión que la de tahur.

De hecho, cuando en esto de la guerra se les dice a los alemanes que hay que jugar limpio, salen respondiendo que se juegan la vida, la existencia nacional—lo cual es una solemnisísima impostura—y sacan el anticristo de la necesidad. ¡Como si hubiese sido necesario que provocaran, como la provocaron después de 40 años de preparación, la guerra! «¡Es que nos va en ello la vida!», exclaman. Y así tratan de justificar barbaridades como ésta, la más reciente, del bloqueo por submarinos, a los neutrales. Procedimientos que siempre encuentran quión los excuse y hasta defensa entre nuestros lamentables trogloditas los turcos españoles germanófilos.

Pero hay procedimientos que ni la victoria justifica; hay cosas que no se puede ni se debe hacer ni aun para obtener la victoria. Y es que para un pueblo como para un hombre hay algo por encima de la victoria, hay algo por encima de la vida misma. ¡Por encima de la vida de todo un pueblo, sí! Aunque la ética, o mejor la «ética» germánica—que tan a maravillas han formulado Nietzsche y Treitschke y von Bernhardt y Clausewitz y tantos profetas de barbarie y de incivil-

idad más—establece que un pueblo no tiene deberes más que para consigo mismo, que el estado es Dios, y que sobre Dios no hay ley que valga.

Y aquí de aquella cuestión que se proponían los teólogos de la Edad Media y era ésta: el asesinato, el robo, la mentira, el adulterio, etc., son malos porque Dios lo ha establecido así, pudiendo haberlo establecido de otro modo, ¿o Dios ha establecido que sean moralmente malos, y los ha prohibido, porque son en sí malos?

Lo que, en otros términos, equivale a preguntarse, si el bien y el mal dependen de una caprichosa voluntad divina o si dependen de la necesaria inteligencia de Dios. De aquí dos escuelas. Y la actual escuela germánica es perfectamente arbitrista o voluntarista. Ley es lo que estatuye el estado. Y no ya sólo ley sino hasta verdad. Basta con recordar el deplorable espectáculo que dieron aquellos 93 desgraciados intelectuales germánicos que afirmaron, sin haberlo podido comprobar y con la más baja abyección de siervos del estado, lo que las autoridades de su país les pusieron a afirmar.

«Nada ha causado más asombro—dice sir Carlos Waldstein, según el extracto que sigo,—para aquellos ingleses que han admirado en el pasado la eficacia científica de los hombres cultos de Alemania, hombres que han pasado su vida consagrados al estudio impersonal y a la disciplina mental, que la incapacidad de éstos para comprender el lado del adversario en este conflicto. Pero para aquellos que están familiarizados con la psicología de estos alemanes, y especialmente con su primera crianza y educación, este fenómeno no es inexplicable. Hay diversas razones que lo explican; pero ninguna tanto como la ausencia en su educación primera, del desenvolvimiento de aquel sentimiento de juego limpio, y en su vida adulta, de aquellas prácticas de «self-government», con las cuales aun los miembros del consejo de los Pares están constitucionalmente familiarizados».

A cualquier espíritu sereno, en efecto, tiene que chocarle la carreril testarudez con que los abogados de la actual barbarie oficial teutónica repiten sus temas de la necesidad y de la defensa, como si fuera un dogma moral que Alemania no deba someterse. Y que el someterse sea para ella equivalente a desaparecer, es la más desvergonzada de las imposturas. Es equivalente, creemos, a rodarse, a libertarse. Pero a ese pueblo, digno de mejor educación, no le han preparado para lo que llaman su derrota los que lo dirigen. Y que es la derrota, no del pueblo mismo, sino de los que lo dirigen y deseducan o maleducan.

¿Quién les impedía a los alemanes antes de la guerra, ir a donde quisieran, comerciar con quien querían, explotar los negocios que querían? ¿Es que no iban pacíficamente y por sus medios, no todos de juego limpio económico, ni mucho menos, conquistando los mercados todos? Sin duda no les bastaban sus trampas y jugarrotas de juego sucio mercantil e industrial. Había que obligarnos a todos, aunque fuera a cañonazos, a gastar su quincalla y su droguería y hasta tenían que jugar nuestros hijos, por la fuerza, con sus juguetes. ¿No les bastaba el que otros pueblos no pudiesen competir con ellos en ciertas industrias y manufacturas? Y no podían competir, no precisamente por inferioridad alguna, sino más bien por superioridad moral. Porque es una evidente superioridad moral la de no tomar el trabajo como un mero medio de ganancia, de conquista de mercado, de victoria en la competencia industrial y mercantil, sino tomar el tra-



El juego y la guerra.



bajo como un fin en sí, como un noble juego. Ni para que mi patria domine los mercados y se alce con el monopolio de tal o cual producción debo yo trabajar con ella como un bruto, lo más y lo más barato, dejándome organizar con otros como se organiza a máquinas y no a hombres. Como si para que mi patria triunfe han de someterse mis hijos a una bárbara disciplina militar que los convierta en autómatas.

No, no se trata de su existencia como hombres; se trata sólo de igualarlos en humanidad y en civildad a los otros hombres civiles; se trata solamente de curarles de la triste locura megalomaniaca de la hegemonía mundial.

Habla luego sir Carlos Waldstein de que el juego limpio debe ser espontáneamente desenvuelto y establecido en perfecta libertad por los jugadores mismos, que toda interferencia desde fuera tiene que contrariar su influjo moral. Y agrega: «Esto no lo han comprendido nunca los alemanes. La gimnasia hecha bajo la dirección de un maestro, los juegos establecidos por una ley o por edictos imperiales y sis-

tematizados según principios higiénicos y militaristas para servir a fines militares o burocráticos, tienen que contrarrestar los efectos eminentemente morales en la producción del carácter que hacen de los juegos ingleses uno de los pilares de la nacionalidad. Ahora mismo, cuando los alemanes han querido imitar, después de censurarlos como muestra de frivolidad, los juegos y deportes del ejército inglés del frente, haciendo que juegue también su propio ejército, no han sabido sino elaborar un esquema oficial de juegos y ejercicios gimnásticos, con carácter obligatorio, bajo la dirección de los oficiales y con un sabio sistema de premios y castigos. La espontaneidad y la libertad se habrán evaporado en esos juegos»

Vamos, sí, que han pedagogizado esos juegos. Porque la pedagogía, esta obsesión de origen germánico,—la educación es otra cosa,—estropea por completo los juegos. No es sólo que el pretender enseñar jugando se suele reducir al cabo a jugar que se enseña y jugar que se aprende sin enseñar ni aprender cosa de substancia, sino que estropea el juego, que debe ser un fin en sí. Hay que jugar para jugar, esto es, para vivir. Y los tales juegos pedagógicos son dos más execrables de los juegos. Da pena ver a los niños hacer como que juegan unos juegos absurdos dirigidos por el pedagogo, que no por el maestro. El verdadero maestro,—y así tuve yo la dicha de tenerlo—deja jugar a sus discípulos sin meterse a organizar, a pedagogizar sus juegos. Y es el modo de jugar juego limpio. El juego pedagógico acaba por ser sucio. Tan sucio como es sucia la manera germánica de guerrear.

MIGUEL DE UNAMUNO.

